

Conservadurismo católico y “maldad liberal” en Chile a finales del siglo XIX

Dr. Francisco Alejandro García Naranjo

Profesor-Investigador del Departamento de Historia Latinoamericana
del Instituto de Investigaciones Históricas
de la Universidad Michoacana, Morelia, Michoacán, México.

Resumen

El autor dice que el discurso político de los conservadores chilenos, durante el Siglo XIX, estuvo dirigido contra el liberalismo. Se trata de un discurso bipolar que ponía los hechos en blanco y negro y calificaba a los opositores como buenos y malos, de tal manera que atribuyeron la inestabilidad, el desorden, la anarquía, las guerras civiles, etc. a la actividad política de los liberales, en términos de que en ellos recaía toda la maldad que aquejaba a Chile.

Todo esto se hizo para justificar el régimen autoritario que se conoció como la República Conservadora (1830-1861). Un régimen liberal sólo influyó en la dirección del país a partir de 1861, luego de las guerras civiles de 1851 y 1859, y de conflictos entre la Iglesia y el *Estado* que inauguraron el sistema de partidos políticos en Chile.

Palabras Claves

Discurso liberal, conservatismo, República conservadora, desorden político, Chile Siglo XIX

Abstract

The author says that the political of the Chilean conservatives, during the XIX Century, it was directed against the liberalism. It is a bipolar speech that put the facts in white and black and it qualified the opponents like good and bad, in such a way that they attributed the uncertainty, the disorder, the anarchy, the civil wars, etc. to the political activity of the liberal, in terms that in them all the wickedness that it suffered Chile relapsed.

All this was made to justify the authoritarian régime that was known as the Conservative Republic (1830-1861). A liberal régime only influenced in the address of the country starting from 1861, after the civil wars of 1851 and 1859, and of conflicts among the Church and the State that inaugurated the system of political parties in Chile.

Key words

Liberal speech, conservatism, conservative Republic, political disorder, Chile XIX Century

En el ámbito del discurso, el conservadurismo político en Chile tuvo como blanco polémico al liberalismo durante todo el siglo XIX. Marcada por la clásica tensión bipolar de la época, la retórica conservadora articuló sus combates en blanco y negro, en “buenos” y “malvados”. De esa manera, los conservadores atribuyeron a la acción “perniciosa” de los

liberales en la organización nacional, las causas de todos los trastornos: inestabilidad, desorden, anarquía, guerras civiles, etcétera. En esa explicación binaria, para el discurso conservador el liberalismo compendia todas las manifestaciones de la “maldad” que aquejaba a Chile. De ahí que la República Conservadora (1830-1861), que es como llama la historiografía chilena al periodo en el que gobernaron las políticas conservadoras a través de los sucesivos gobiernos “decenales” de José Joaquín Prieto, Manuel Bulnes y Manuel Montt, haya sido un régimen autoritario, firmemente presidencialista y centralizador. Un régimen donde la opinión liberal sólo empezó a influir en la dirección del país después de 1861, luego de dos breves guerras civiles (1851 y 1859), y de conflictos entre la Iglesia y el *Estado* que inauguraron el sistema de partidos políticos en Chile.

Al promediar el siglo XIX, los liberales ingresaron al gobierno mediante una contradictoria alianza con los conservadores que denominaron la Fusión Liberal-Conservadora, pues le unía la oposición al autoritarismo de Montt. Fue durante la presidencia de José Joaquín Pérez (1861-1871) y hasta la mitad del periodo de gobierno de Federico Errázuriz (1871-1876), en que se mantuvieron los gabinetes “fusionistas”, pues los conflictos políticos alrededor de la cuestión de la educación dividieron a conservadores y liberales. De 1873 en adelante, los liberales, muchas veces en conjunto con radicales, dominarán la escena política en sucesivos mandatos presidenciales, arrinconando a los conservadores a la oposición parlamentaria, al antagonismo a través de las páginas de la prensa y forzándolos a tratar de organizar a la sociedad mediante la fuerza del catolicismo. En su lucha política, estos conservadores acusarán a los liberales de traer trastornos al país pues los cambios que estaban impulsando ya desde el Estado serían “contraproducentes” y “perniciosos” para la sociedad. La tesis conservadora se sustentará en la idea de que los liberales estarían trayendo al país la “corrupción”, la “impiedad” y la “postración moral”. En esa óptica, las formas del liberalismo son, simplemente, las formas del “mal”. Tales fueron algunas de las reacciones de los miembros del partido conservador ante las transformaciones producto de la construcción del orden liberal en Chile. Y que no fueron otra cosa que la secularización de la sociedad y la laicización de la vida pública que tuvieron lugar entre 1860 y 1891, procesos que hicieron que a ese periodo se le conociera historiográficamente como la República Liberal.

Para exponer lo que representó el liberalismo en el discurso conservador y sobre todo, para establecer el modo en cómo los conservadores combatieron retóricamente a los gobiernos liberales de finales del siglo XIX en Chile, este ensayo se centra en un personaje de primera línea del conservadurismo de la época: el publicista, abogado, funcionario público y parlamentario conservador, Abdón Cifuentes. Así, este trabajo se propone estudiar algunos de los escritos de Cifuentes no sólo para exponer su pensamiento, sino para exhibir la particular mirada que éste político tuvo de los gobiernos liberales de su país.

1) Por la causa de Dios y de su patria¹

Abdón Cifuentes nació el 16 de mayo de 1836 en San Felipe y murió el 14 de abril de 1928 en Santiago. Fue profesor desde muy joven pues ya en 1853 enseñaba en colegios

¹La expresión es de Cifuentes. CIFUENTES, Abdón, *Asociaciones católicas*, Chile, Imprenta de “El Independiente”, 1883, p.34.

particulares y desde 1862 fungió como profesor del Instituto Nacional. Se graduó de abogado en la Universidad de Chile, profesión a la que sólo muy posteriormente se dedicó. Muy por el contrario, dividió su tiempo entre la política y el periodismo. Se dedicó al periodismo en diarios como “El Bien Público” y “El Independiente” y al lado de Zorobabel Rodríguez, ambos se convirtieron en <<los padres espirituales del periodismo ultramontano>>, como refiere Francisco A. Encina.² Cifuentes formó parte del grupo de políticos que se apartó del gobierno de Manuel Montt (1851-1861) y que dieron origen al partido conservador en 1856, luego del “conflicto del sacristán”. Según R. L. Gumucio:

<<En un comienzo, los que se agruparon en torno del arzobispo Valdivieso para reivindicar las libertades de la Iglesia, no alcanzaban a formar un partido capaz de influencia decisiva en la política y eran un conjunto inorgánico de hombres accidentalmente unidos por las circunstancias, sin disciplina, sin espíritu de lucha, sin un cuerpo de doctrina política que los habilitara para una acción permanente en la vida cívica. Abdón Cifuentes los organizó y les comunicó su ánimo y audacia. Él fue también quien, en realidad, formó el mayor acervo de las doctrinas políticas del partido conservador>>.³

Para 1867 Cifuentes fue elegido diputado por Rancagua⁴ y él mismo, en sus *Memorias*, se ocupó de explicar la abierta intervención del gobierno de la Fusión liberal-conservadora, en detrimento de los candidatos opositores: radicales, nacionales y liberales de oposición. Era, simplemente, una radiografía de los modos en que operaba la *maquinaria electoral* del gobierno “fusionista” para asegurar la elección. Lo expuso en los siguientes términos:

<<En aquellos tiempos las listas de candidatos que casi con seguridad saldrían triunfantes se hacía en la Moneda. Dueño el Gobierno (sic) de las municipalidades, que nombraban las Juntas Calificadoras de los ciudadanos electores y las Juntas Receptoras de Sufragios; dueño de las policías, que eran un elemento electoral incontrarrestable; dueño de todos los cuerpos de celadores, instrumentos obligados de los agentes administrativos, era el Gobierno el que nombraba y no el país el que elegía sus representantes. Para ser elegido senador o diputado, era preciso ser amigo del Gobierno y obtener su venia. Si salía uno que otro congresal de oposición, era porque la oposición del departamento era tan unánime o tan enérgica, que no se podía contrariar, sino con atropellos demasiado escandalosos o porque el Gobierno convenía

²ENCINA, Francisco A.: *Historia de Chile. Texto original completo*, Chile, Editorial Ercilla, 37 tomos, Vol., 28, p.237. Cifuentes participó en otros medios escritos aparte del vocero periodístico del partido conservador. <<Además de *El Independiente*, en 1865 se fundó *La Estrella de Chile* como órgano de la Sociedad de Amigos del País fundada ese año por Abdón Cifuentes, el conservador más activo y militante en la fundación de asociaciones y periódicos católicos militantes (sic)>>. SERRANO, Sol, Iván JAKSIC. “El poder de las palabras: la Iglesia y el Estado liberal ante la difusión de la escritura en el Chile del siglo XIX”. En: *Historia*, Chile, Instituto de Historia/ Pontificia Universidad Católica de Chile, Vol. 33, 2000, p.458.

³Citado por: ENCINA, Francisco A. *Op.Cit.* p.238.

⁴URZÚA VALENZUELA, Germán. *Historia política de Chile y su evolución electoral (desde 1810 a 1992)*, Chile, Editorial Jurídica de Chile, 1992, p. 205.

en dejar alguna apariencia de libertad; de aquí resultaba que los congresales eran en su casi totalidad gobiernistas>>.⁵

Por esas mismas fechas, el presidente José Joaquín Pérez (1861-1871) incorporó a Abdón Cifuentes al gobierno como subsecretario del Ministerio de Relaciones Exteriores. Un par de años después, Cifuentes salió de Chile.

<<Su salud resentida lo indujo a emprender un viaje a Europa y a los Estados Unidos. Se embarcó en septiembre de 1869, en compañía de los prelados que iban al Concilio del Vaticano, y regresó a Chile en marzo de 1871, en un periodo de elección presidencial. Este viaje fue decisivo en la formación de su personalidad intelectual. Al lado de su vivo sentimiento religioso y sin excluirlo, tenía simpatías dormidas por el temperamento y el carácter yanqui y especialmente por el tipo de vida y las instituciones que son su corolario>>.⁶

A ese respecto, las *Memorias* de Abdón Cifuentes, publicadas en 1936, 8 años después de su muerte, y profusamente citadas por los historiadores chilenos como un documento revelador de la historia política de gran parte del siglo XIX, relatan las impresiones de este viaje. Del viaje a los Estados Unidos, él relató sus impresiones sobre la educación, conjugada con la libertad, pues le impactó profundamente,

<<el admirable poder de la iniciativa privada en ese país, que, sin pedir nada al gobierno se había acostumbrado desde su origen a proveer libremente por sí mismo las necesidades de su educación... (sic) El espectáculo de los asombrosos frutos de la libertad de enseñanza de los Estados Unidos me llenó de satisfacción por haber sido el primero que en Chile defendiera esa preciosa libertad, y confirmó y arraigó en mí la ya antigua convicción. Pero al mismo tiempo me entristecía y apenaba el espectáculo de mi país, donde florecía el más retrógrado de los monopolios del Estado en la enseñanza>>.⁷

Tales fueron los temas vitales para Abdón Cifuentes: libertad, educación y religión. De la misma manera que fueron los ejes de su acción política, en la que estaba claro que el gran enemigo del conservadurismo eran el *Estado* y el gobierno, copados por el liberalismo. Pero Cifuentes hubo también de defender sus postulados e ideales frente a los miembros de su partido, como explica Encina, citando *Las Memorias* del propio Cifuentes:

<<Al comienzo, sus tendencias no eran compartidas por el grueso del partido ultramontano, que más allá de la obediencia pasiva al señor [arzobispo Rafael Valentín] Valdivieso, conservaba aún mucho de su antiguo peluconismo. <Este aprecio [recordó Cifuentes,] de las libertades municipales, de asociación y de enseñanza, tan contrarias a nuestras costumbres seculares y a nuestras leyes de entonces>...,(sic) <era en Chile idea que encontraba adversarios entre mis propios amigos y correligionarios. Con los cuales tenía que sostener controversias>. A la

⁵ENCINA, Francisco A. *Op.Cit.* p. 208.

⁶*Ibid.* p.238.

⁷*Ibid.* p.239.

larga, el maestro y el propagandista lograron imponer al partido conservador moderno sus ideales, con las grandes deformaciones que fatalmente tenía que imprimirles la idiosincrásica de la mentalidad chilena, y no sin dejar al margen un crecido número de recalcitrantes>>. ⁸

Más adelante, Cifuentes encontró apoyo y validación de sus ideas con nuevos miembros del partido conservador, también parlamentarios, como Manuel José Irrázaval, Zorobabel Rodríguez, Carlos Walker Martínez y Enrique Tocornal. Todos estos políticos se caracterizaron por asumir posiciones liberalizantes en lo que al régimen político se refiere, para así tratar de disputarle a los liberales espacios en la vida pública, al mismo tiempo que, tuvieron una posición independiente respecto a la jerarquía católica. Aunque, por supuesto, tal hecho no indicaba ruptura alguna con la Iglesia con la que mantuvieron fluida relación y colaboración, sino más bien mostraba el modo en que deseaban operar en la escena política. Y es que el partido conservador que se formó a partir de la disputa entre el *Estado* y la Iglesia católica (1856) tuvo dos alas, como se encargó de explicar un destacado conservador en las páginas de “El Independiente”,⁹ la tribuna periodística de los conservadores. La otra tendencia se distinguió por ser “proclerical”, y tener en los políticos como Rafael Larrain Moxó y en Clemente Fabres sus principales representantes,¹⁰ sobre quienes tenían mayor influencia personajes como el prelado Joaquín Larrain Gandarillas, el arzobispo Rafael Valentín Valdivieso y el obispo de Concepción, Hipólito Salas.¹¹

En 1870, Cifuentes volvió a ser diputado por Rancagua.¹² Para 1871 Abdón Cifuentes se convirtió en ministro de Justicia, Culto e Instrucción como resultado de la negociación entre los conservadores y los liberales, y el propio Federico Errázuriz (sobrino del arzobispo Valdivieso), elegido presidente ese mismo año apoyado por la Fusión Liberal-Conservadora. El propósito de Cifuentes, el partido conservador y la misma jerarquía eclesiástica, era decretar la libertad de exámenes para que los establecimientos de educación sostenidos por la Iglesia estuvieran libres de la supervisión del *Estado* a través del Instituto Nacional y la Universidad de Chile.

Cuando ello ocurrió a inicios de 1872, los liberales, los nacionales (partido nacional) y los radicales (partido radical) protestaron por la medida, se generaron tensiones entre conservadores y liberales, se presentaron desórdenes estudiantiles en el Instituto Nacional y apasionados debates en el Congreso.¹³ Abdón Cifuentes renunció a mediados de 1873 a raíz de tales acontecimientos y con él, se dio la retirada de los conservadores del gobierno,

⁸ENCINA, Francisco A. *Op.Cit.* p.242.

⁹RODRÍGUEZ, Zorobabel, *El Independiente*. Santiago, 14 de enero de 1883. Citado en: CORREA SUTIL, Sofía, ‘El Partido Conservador ante las leyes laicas, 1881-1884’ en KREBS, Ricardo, *Et. Al., Catolicismo y laicismo*. Chile, 1981, pp. 111-113. Reproducido en: JOCELYN-HOLT, Alfredo, ‘El liberalismo moderado chileno, siglo XIX’, en *Estudios Públicos* 69, (1998), 479-480.

¹⁰SERRANO, Sol, ‘la estrategia conservadora y la consolidación del orden liberal en Chile’, en: CARMAGNANI, Marcello, (coordinador), *Constitucionalismo y orden liberal, 1860-1890*, Italia, Otto editore, 2000p.134.

¹¹GÓNGORA, Mario, *Ensayo histórico sobre la noción de estado el Chile en los siglos XIX y XX*, Séptima edición, Chile, Editorial Universitaria, 1998, p.85.

¹²URZÚA VALENZUELA, Germán. *Op.Cit.* p. 216.

¹³COLLIER, Simon, SATER William F. *Historia de Chile. 1808-1994*, España, Cambridge University Press, 1998. p.116.

quienes pasaron a la oposición y así llegó a su fin la Fusión Liberal-Conservadora. Cifuentes y el resto de los conservadores, así como la jerarquía eclesiástica, defendieron la libertad de enseñanza como un derecho natural de la familia y un derecho político de todo ciudadano. Sol Serrano lo ha explicado muy bien cuando dice:

<<Los conservadores fueron los más críticos a la expansión del Estado y los más sensibles a la definición de sus límites, mientras los liberales le dieron al Estado un rol civilizador y democratizador que los llevó a defender sus prerrogativas. Los conservadores, como hemos visto, perdieron esa batalla lo cual los llevó a consolidar la educación católica dentro de la educación particular>>. ¹⁴

La mayor concreción de las aspiraciones católicas y conservadoras sobre la libertad de enseñanza de la época fue la creación de la Universidad Católica el 8 de septiembre de 1888. Uno de los fundadores fue Abdón Cifuentes, al lado del arzobispo Mariano Casanova y del ya entonces monseñor Joaquín Larraín Gandarillas, quien fue el primer rector de la Universidad ¹⁵.

A partir de que Cifuentes abandonó sus funciones de ministro de gobierno en 1873, inició una nueva etapa en su vida política. No dejó de ser miembro del Congreso, puesto que había sido elegido diputado por Santiago ¹⁶ hacía unos cuantos meses, en las elecciones de diputados y de electores de senadores. Y de nueva cuenta son sus *Memorias* un buen instrumento para mirar los modos del gobierno en turno para organizar las elecciones parlamentarias. Usos de los cuales también los conservadores se beneficiaron y que luego combatieron sin descanso durante las siguientes décadas:

<<Los intendentes y gobernadores, agentes inmediatos del Ejecutivo y dominadores de las municipalidades, eran en buenas cuentas quienes nombraban a los vocales de las mesas (calificadoras y receptoras), las cuales negaban a los opositores, con mil pretextos, primero la inscripción en los registros, y después, a los que habían logrado inscribirse, la libertad de votar.

Dueño el gobierno de las municipalidades y de las policías, era imposible ganar ninguna elección. Si lograba triunfar un opositor, era debido a la casualidad, a descuido o simples condescendencias del gobierno, como me sucedió a mí cuando fui por primera vez diputado por Rancagua el año 1867. El año 1870, cuando era subsecretario de Relaciones, y en 1873, cuando era ministro, fui diputado por Santiago por simple designación del gobierno>>. ¹⁷

A partir de que el partido conservador se volvió oposición, sus miembros se dedicaron a tratar de minar el poder presidencial y el control que ejercía sobre las elecciones y en ese camino asumieron como suyas muchas posiciones liberalizantes, para mejor combatir a los gobiernos liberales que a partir de entonces se volverán hegemónicos. En 1879 Cifuentes

¹⁴SERRANO, Sol, <<La estrategia conservadora y la consolidación del orden liberal en Chile, 1860-1890>>, en: CARMAGNANI, Marcello (coordinador). *Op.Cit.* p.140.

¹⁵CRUZ, Nicolás, WHIPPLE, Pablo (coordinadores). *Nueva historia de Chile. Desde los orígenes hasta nuestros días. Manual*, Quinta edición, Chile, Editorial Zig-Zag / Universidad Católica de Chile, 1997, p. 348.

¹⁶URZÚA VALENZUELA, Germán. *Op.Cit.* p. 227.

¹⁷Citado por: ENCINA, Francisco A: *Historia de Chile. Texto completo..., tomo 29, p.78.*

volvió a ser diputado, pero esta vez por San Felipe,¹⁸ tribuna desde la cual continuó con su quehacer político, en constante batalla contra las políticas anticlericales usando los valores liberales para impedir el avance de la “impiedad” en el *Estado* y en la sociedad.

Un ejemplo de ese tono liberalizante en Abdón Cifuentes es el hecho de que fue el primer político en Chile en proponer públicamente la extensión del sufragio a la mujer en una época tan temprana como 1865, a la mitad del gobierno de José Joaquín Pérez (1861-1871). Eran también, los años de la Fusión Liberal-Conservadora y del inicio del proceso de liberalización de la sociedad, muy a pesar del sentir conservador. Abdón Cifuentes leyó su discurso el 16 de agosto de 1865 en Santiago en la sede de la Sociedad de San Luis. Su disertación <<abordó el tema desde un punto de vista legal, religioso-filosófico y político>>.¹⁹ Él, preguntó retóricamente:

<<¿Posee o no posee la mujer esas cualidades esenciales que constituyen la capacidad necesaria para la ejecución de un acto, para el ejercicio de un derecho? ¿Les negareis que tienen inteligencia i voluntad para conocer y amar la verdad i el bien? ¿Les negareis que tienen alma creada como la del hombre a semejanza de Dios? Si en nombre de la religión i de la razón, si en nombre del cristianismo i de la filosofía proclamais la existencia del alma, en esta mitad del género humano: si en nombre de la razón i de la religión la proclamais compañera i no esclava del hombre, ¿en virtud de qué principios las condenais eternamente al ostracismo perpétuo de los negocios públicos, ni más ni menos que condenais a los seres irracionales? ¿Dónde está la ley natural que condena a la mujer al ostracismo perpétuo de los negocios públicos a que tiene condenada la ley humana? No existe; lo único que existe es la historia de los despojos del débil por el fuerte, de los derechos de la mujer por el hombre; historia vergonzosa de la humanidad, porque es la historia de los abusos>>.²⁰

Para Cifuentes, no existía ningún tipo de ley que impidiera la concesión del voto femenino, y sus palabras acusaban tal extrañeza. Por lo tanto, no dejaba de ser irónico que un conservador pusiera en duda la vocación liberal de la época al apuntar que se mantenían vigentes “cadenas del pasado” que impedían una completa “emancipación mental” en Chile. Aunque era claro que liberales y radicales debían ser más receptivos por cuestión de principios y por lo tanto más favorables a tales cambios, lo cierto es que estos <<políticos anticlericales ya percibían el nexo estrecho entre la Iglesia y las mujeres>>²¹ y el beneficio electoral que recibiría el partido conservador de dicha conjugación de lealtades. Cifuentes, prosiguió con su argumentación:

<<Si el orden político puede perjudicarlas como a cualquier hombre, ¿con qué derecho les cerrais las puertas de la legalidad para que se defiendan i procuren su remedio en el mismo terreno político en que son dañadas? A la mujer le imponeis

¹⁸URZÚA VALENZUELA, Germán. *Op.Cit.* p. 248.

¹⁹La expresión es de Erika Maza. MAZA VALENZUELA, Erika. “Las mujeres chilenas y la ciudadanía electoral: de la exclusión al voto municipal, 1884-1934”. En: MALAMUD, Carlos (Coordinador). *Legitimidad, representación y alternancia en España y América Latina: las reformas electorales (1880-1930)*, México, El Colegio de México/ Fondo de Cultura Económica, 2000, p.165.

²⁰Citado por: MAZA VALENZUELA, Erika. “Catolicismo, anticlericalismo y la extensión del sufragio a la mujer en Chile”, en: *Estudios Públicos*, Chile, otoño de 1995, No.58 p.153.

²¹*Ídem.*

contribuciones: la mujer las paga, pero le prohibis mezclarse en la inversión del tributo que desembolsan. Tratándose de que tengan voz i voto para que vijilen los intereses sociales en que van envueltos los suyos, para que vijilen la conducta de los administradores que ellas pagan, ya su habilidad desaparece, ya su incapacidad es notoria>>.²²

La propuesta de conceder la ciudadanía política a la mujer era una declaración *revolucionaria*. Formulada, además, por un conservador de un ferviente catolicismo pero dotado también de un gran realismo político y que en todo momento trató de conciliar los intereses republicanos con sus creencias religiosas. Y más aún, las palabras de Cifuentes retaban a la naciente opinión liberal y llegaban al campo anticlerical con un provocador estruendo, en la coyuntura que en esos años abría el paulatino proceso liberalizador de la sociedad, empujado por los liberales. O en palabras de Erika Maza Valenzuela:

<<El catolicismo de Cifuentes no le condujo en modo alguno, como lo indican sus discursos y sus actos, a percibir a las mujeres como personas que sólo debía actuar en la esfera doméstica. En tanto defensor de los intereses de la Iglesia, veía a las mujeres como aliados en las luchas políticas del momento. Puesto que en aquel tiempo las mujeres no votaban en las elecciones a nivel nacional en ningún lugar del mundo, al adoptar esta iniciativa Cifuentes estaba reflejando simplemente su percepción de las mujeres chilenas, las circunstancias políticas del país y, con toda probabilidad, los posibles beneficios para su partido. El catolicismo y la defensa del sufragio femenino no eran incompatibles sino que iban juntos>>²³.

Una muestra más, de la utilización ideológica de los valores liberales en el discurso de Cifuentes es otro pasaje de sus *Memorias*, cuando refiere una de las numerosas iniciativas conservadoras en el parlamento a favor de la <<libertad de sufragio>> y contra la intervención de la figura presidencial como el gran elector. Dicha iniciativa se desarrolló hacia finales del gobierno del presidente liberal José Manuel Balmaceda (1886-1891), y Cifuentes relata que fue un proyecto de ley formulado por Manuel José Irrarrazaval, otro de los líderes del partido conservador. Y aunque el pasaje está dedicado a Irrarrazaval, el propio Cifuentes exteriorizó su propio pensamiento sobre tal cuestión, en el que se aprecia su convicción liberalizante:

²²MAZA VALENZUELA, Erika. “Catolicismo, anticlericalismo y la extensión del sufragio a la mujer en Chile”..., p.154.

²³*Ibíd.* p.155. En páginas previas, la autora evaluó con precisión el significado y la trascendencia de la propuesta de Cifuentes para la historia del movimiento feminista chileno, a la vez que puntualizó sus orígenes cuando dice: <<A pesar de contar con un activismo femenino considerable que propiciaba la igualdad de derechos sociales, civiles y políticos para la mujer, en Chile la concesión del voto femenino se retrasó hasta 1934 para las elecciones municipales y 1949 para las nacionales. En tal sentido, Chile encaja perfectamente dentro del patrón de un país católico con sufragio femenino tardío. Sin embargo, su historia muestra que mientras los sectores anticlericales estaban igualmente temerosos de conceder el voto a la mujer como sus congéneres de la Europa latina y católica, la facción pro-Iglesia de la política chilena vio tempranamente la ventaja que dicho sufragio podía significarle para reforzar su base electoral. Por lo tanto, los políticos católicos y la jerarquía eclesiástica en Chile eran más progresistas o más pragmáticos, o ambas cosas a la vez, de lo que parecían sus pares de la Europa latina>>. pp. 139-140.

<<La historia de Chile no podrá olvidar las multiplicadas y tenaces campañas parlamentarias emprendidas por don Manuel José Irarrázaval a favor de la libertad de las elecciones políticas, para que fuese una verdad el régimen republicano y democrático de nuestro gobierno. Buscando siempre los medios de llegar a este resultado, se podrá olvidar menos el esfuerzo titánico que hizo, dadas las condiciones políticas de Chile, para hacer aceptar las libertades municipales por medio del establecimiento de la Comuna Autónoma.

Yo siempre estimé esta ley municipal como la reforma más trascendental, como la conquista más preciosa que ha alcanzado la República, desde haber matado la anarquía con la laboriosa pacificación del año 30. La conquista de sus libertades locales y municipales en el año 91 señalará para Chile el tercero y gran paso dado en el camino de sus progresos políticos; será la Magna Carta de nuestras libertades públicas, como la saludable escuela del gobierno del pueblo por el pueblo, la escuela en que el pueblo puede aprender a leer y escribir lo que debe ser República y Democracia>>.²⁴

Como se ve, los conservadores argumentaron en numerosas ocasiones a favor de reformas constitucionales, de la ampliación de las libertades individuales y la expansión del sufragio. Lo singular es que la estrategia seguida por ellos es hecha desde los principios conservadores y enarbolando banderas tan liberales como las reivindicadas por Cifuentes. Abdón Cifuentes murió en 1928, en una época política distinta, que él mismo contribuyó a modelar. A los pocos días de la muerte de Cifuentes, Alberto Edwards (quien lo conoció personalmente), elaboró una semblanza de él y que fue publicada originalmente en el diario *El Mercurio*:

<<Fue el maestro casi único, y en todo caso, el más eminente inspirador de la evolución conservadora, en el sentido católico, iniciada bajo el gobierno de don José Joaquín Pérez. La doctrina moderna de su partido no tuvo otro intérprete de vistas tan amplias, tan universales, tan lógicas...

Hombre de una pieza, sus ideas políticas se fundaban sobre dos cimientos muy sólidos: la fe religiosa, la fe liberal y republicana. Pertenecía a esa escuela que no acepta para mantener el orden orgánico social otras cadenas que las espirituales, las de la creencia; que quiere al hombre físicamente libre, pero sujeto, en lo moral, a la elevada disciplina de la fe.

Su doctrina era tan lógica como la de otros pensadores de su época, que soñaban una sociedad a la vez organizada y libre de todo género de amarras, no sólo en lo espiritual, sino también en lo temporal; pero era acaso más practicable que la de éstos.

Fue uno de los republicanos sinceros y absolutos que he conocido. Lo era con entusiasmo, con fe ardorosa, con optimismo inquebrantable>>.²⁵

²⁴Citado por: SILVA CASTRO, Raúl, *Los Irarrázaval de Chile. Según cronistas e historiadores, 1557-1957*, Argentina, Imprenta López, 1957, pp.128, 129.

²⁵ EDWARDS, Alberto, *Páginas históricas*, Chile, Editorial Difusión Chilena S. A., 1945, pp. 177-178.

La acción política de Cifuentes, él mismo la sintetizó en unas pocas frases en sus *Memorias*, palabras que por otra parte bien se pueden aplicar a en mayor o menor medida a sus propios correligionarios en el partido conservador:

<<He aquí el compendio de mi vida entera: luchar sin tregua ni descanso contra los enemigos de Dios y de su Iglesia; porque batallar es la vida del hombre sobre la Tierra>>. ²⁶

Cifuentes concibió a la historia contemporánea, es decir, la realidad de su tiempo, como una epopeya en defensa de la religión católica. Valga decir, una lucha contra los liberales y contra el sistema liberal, que como régimen político se afianzó a partir de la segunda mitad del siglo XIX, no sólo en Chile sino en el resto de América Latina, como muy bien ha explicado Marcello Carmagnani²⁷. Al final de sus días, su incesante batallar <<contra los enemigos de Dios y de su Iglesia>> quedó registrado en la memoria de muchos, que validaron sus palabras y sus acciones. La mirada de los hombres de sus últimos tiempos lo ubicó en un sitio de honor y de trascendencia histórica:

<<La influencia intelectual y moral del hombre ilustre que acaba de desaparecer fue enorme, y no podrá escribirse la historia de las ideas en Chile sin recordarlo en el primer rango. No sólo formuló el programa espiritual de un partido poderoso, sino que dedicó todas las actividades de su larga existencia a propagarlo y hacerlo amar por las generaciones que siguieron a la suya.

En su cátedra de Derecho Constitucional se formaron casi todos los hombres de doctrina que han ilustrado al partido conservador en los últimos cuarenta años, y muchos de ellos se quedaron modelados para siempre a la imagen y semejanza del maestro... El nombre del señor Cifuentes está igualmente ligado a la historia de algunos de los grandes movimientos doctrinarios o políticos de su tiempo. Fue el jefe indiscutible de los conservadores en su larga y porfiada campaña en pro de la enseñanza libre y religiosa, y como todo el mundo sabe, cayó del poder envuelto en esa bandera. Fue también uno de los fundadores de la Universidad Católica que alcanzó a ver antes de morir en el alto grado de prosperidad de que hoy goza.

En 1890, su acción y la de don Manuel José Irarrázaval decidieron la actitud del partido conservador en el conflicto político que había de tener un año más tarde un sangriento desenlace. Nadie ignora que a su pluma se debe la redacción del acta revolucionaria suscrita por el congreso.

En suma, el señor don Abdón Cifuentes ha sido una alta figura en esa historia de Chile que él tanto amó, y que sabía hacer amar de los demás>>. ²⁸

2) Contra la revolución irreligiosa²⁹

²⁶Citado por: ENCINA, Francisco A., *Historia de Chile: texto original completo...*, Vol. 29, p. 91.

²⁷CARMAGNANI, Marcello: <<Élites políticas, sistema de poder y gobernabilidad en América Latina>>, en: *Metapolítica*. Revista trimestral de teoría y ciencia de la política, México, Vol. 2, Num. 5, enero-marzo de 1998, pp.7-16.

²⁸EDWARDS, Alberto. *Op.Cit.* p. 179.

²⁹La expresión es de Cifuentes. CIFUENTES, Abdón, *Op.Cit.* p.13.

Abdón Cifuentes dejó para la memoria histórica una colección de discursos, artículos de prensa, sus propias *Memorias*, y algunos otros textos, en los que se encuentran inscritos las pasiones y los intereses que defendió, así como las tendencias políticas que combatió a lo largo de su vida. Para exponer las ideas políticas de Abdón Cifuentes se tomará un texto que publicó en octubre de 1883, titulado *Asociaciones católicas*. Conviene situar en su contexto político tal publicación, que en principio fue un discurso pronunciado por el propio Cifuentes leído en el Círculo Católico de Santiago en la fecha ya señalada, con motivo de la fundación de la Unión Católica. Para entonces gobernaba el Presidente Santa María y estaba en su punto más alto el conflicto entre el *Estado* y la Iglesia, y obviamente el tema religioso permanecía en el centro de la batalla política. Se había dado la ruptura de relaciones diplomáticas entre Chile y el Vaticano y ello trajo el inicio de una serie de leyes contrarias a los intereses de la Iglesia, como fue la secularización de los matrimonios, defunciones y de los mismos cementerios. Dichas medidas sublevaron los ánimos de la jerarquía de la Iglesia y de los católicos, que actuaron en consecuencia:

«La respuesta de la Iglesia fue fortalecer las asociaciones católicas y especialmente la educación y la prensa. Esa era la política vaticana y así lo señaló León XIII en varias encíclicas recogidas por las pastorales chilenas... La expresión más clara de esta nueva política fue la fundación de la Unión Católica en 1883, que recogiendo la experiencia europea, reunía a todas las asociaciones católicas laicas».³⁰

De manera que si Iglesia se proponía organizar a sus falanges en el mundo social y competir por un lugar en el «espacio público liberal»³¹, el hombre indicado para encabezar tal misión no era otro que Abdón Cifuentes. Tanto por sus principios morales y políticos, como por su trayectoria pública, su experiencia de gobierno y parlamentaria, así como su tenaz activismo católico, le volvieron el sujeto idóneo. La reflexión doctrinaria en sus dos acepciones -religiosa y política-, nacida del aprendizaje acumulado y de la vigencia de los ideales preconizados, aparece indudablemente en el texto de Cifuentes, dándole forma a una visión ideológica de la sociedad chilena que él sustentó y que fue compartida por católicos y jerarquía eclesiástica.

El suyo, es un escrito que está dirigido «a los católicos de Chile», y que gira en torno de la divisa del *ser* y del *deber ser*. Es decir, hizo un diagnóstico de lo que los católicos en general hacen por su sociedad y lo que deben hacer para defenderla de los embates de los «enemigos de la Iglesia», o sea, los liberales. En su alocución, expuso la “terrible” situación por la que atravesaba la Iglesia católica y sobre todo, señaló a su principal enemigo y el lugar en donde se alojaba.

«En medio de la guerra universal que mueven en el día a la Iglesia católica los errores i los vicios humanos, hai un hecho capital que debe constituir el estudio preferente de los hombres de fé: tal es la conducta de los gobiernos de las naciones católicas respecto de la Iglesia.

³⁰SERRANO, Sol, Iván J JAKSIC. *Op.Cit.* p. 459.

³¹La expresión es de Sol Serrano e Iván Jaksic. *Ibid.* p. 448.

Los mas graves daños que la Iglesia recibe desde un siglo atrás, las aflicciones mas hondas que soporta, le están viniendo de parte de los poderes públicos, precisamente de naciones que son casi en su totalidad católicas. En Europa i América, con instituciones representativas que dejan los destinos de la sociedad en manos del pueblo, esas naciones, sin embargo, por una especie de aberracion sin nombre, elijen i mantienen en el poder justamente a los enemigos francos o solapados de la Iglesia.

Los católicos, teniendo el derecho i el deber de influir en los negocios públicos, por una abstención culpable, los abandonan a sus adversarios, por una indiferencia mas culpable todavía, por una indiferencia que importa una verdadera traición a sus intereses religiosos, contribuyen a poner los poderes públicos en manos de los enemigos de su fé, los cuales aprovechan, como es natural, el prestigio i los recursos que los católicos les brindan, para hacer guerra implacable a los principios i a las obras cristianas>>.³²

Por el tiempo en que fue publicado el libro de Cifuentes, es indudable que las huestes católicas, la propia jerarquía de la Iglesia y los conservadores mismos, aún mantenían viva esa <<reacción feroz>>³³ que les produjo la ruptura de las relaciones del gobierno del liberal Domingo Santa María (1881-1886) con la Santa Sede en el año de 1882. Como ya se dijo, tales hechos propiciaron la aprobación de las Leyes Laicas. Así, tuvo lugar en 1883 la promulgación de la ley de cementerios laicos, que supuso un golpe más a la presencia de la Iglesia católica en el <<orden temporal>>, pues una más de sus potestades era suprimida por los liberales en el gobierno.

Las anteriores habían sido, el fin del fuero eclesiástico en 1875; la eliminación del requisito de que el alumnado tomara clases de religión en los liceos financiados por el gobierno en 1873; la precipitada supresión del proyecto que había impulsado Cifuentes y que implicaba la libertad de enseñanza, sin tutela del *Estado*, en liceos particulares pertenecientes a congregaciones religiosas en 1873; el establecimiento de los primeros cementerios laicos en 1871; la *libertad de cultos* en 1865; la *Ley sobre profesión Religiosa* de 1845 que no permitía el ingreso en las órdenes religiosas antes de los 25; la ley referente al matrimonio de disidentes de 1844 y la *Ley sobre el Patronato Civil* del mismo año y que concedía al Presidente control moral sobre los curatos.³⁴

Los tiempos que corrían no eran propicios para la Iglesia católica ni para los católicos como Cifuentes. Más aún si se recuerda que al año siguiente, en 1884, se promulgaron la ley de matrimonio civil y la ley de registro civil, pues ambas le arrebataron a la Iglesia la facultad de sancionar oficialmente el matrimonio y el control del registro de los nacimientos, matrimonios y defunciones. Por todos estos antecedentes es que el llamado que hizo Cifuentes a todos los católicos chilenos fue fiel reflejo de las disputas entre sectores laicos (liberales y radicales) y clericales (conservadores).

Como producto de la aplicación de la *moderna* filosofía liberal en la concepción de *Estado*, gobierno y país que los liberales en el poder querían y estaban construyendo, la

³²CIFUENTES, Abdón. *Op.Cit.* pp. 3-4.

³³La expresión es de Simon Collier y William F. Sater. *Op.Cit.* p.142.

³⁴MARTÍNEZ DE CODES, Rosa María, *La Iglesia católica en la América independiente. Siglo XIX*, España, Editorial MAPFRE, 1992, p.148.

religiosidad y la Iglesia católica misma estaban siendo confinadas al ámbito privado para sustraer su presencia de la vida pública y política. La secularización puesta en marcha por las elites liberales en el poder fue un proceso que alarmó profundamente a Cifuentes:

«Si el orden político, para que sea justo i lejítimo, debe ser el reflejo del orden social, ¿cómo se explica que en casi todos los países católicos en que el sentimiento religioso está inoculado en todas las venas del cuerpo social, donde la impiedad no vive sino por excepción i en minoría, estén, sin embargo, los poderes públicos en manos de nuestros adversarios? ¿Cómo se explica que los católicos estén por todas partes excluidos, vejados u oprimidos por una minoría sistemáticamente contraria a nuestros principios i a nuestros mas graves intereses?...Si en Chile, si en América, si en la misma Europa, la familia católica es la más numerosa i la mas antigua de todas, ¿ocupa el rango que le pertenece en los gabinetes de los gobiernos, en las asambleas parlamentarias, en todos los terrenos en que se conquista el imperio de la opinión pública i desde donde se dirijen los destinos de la sociedad?»³⁵

Ya el catolicismo había dejado de ser la religión oficial del *Estado*. También, la Iglesia se había lanzado a obtener la libertad absoluta para convertirse en un cuerpo independiente de la autoridad civil, puesto que la añeja protección del patronato se había transformado en un verdadero “peligro” en manos de gobiernos liberales. Lo mismo que la Iglesia ya había sido despojada de la protección de sus bienes y sus privilegios desde hacía varias décadas y el sentimiento religioso, como se dijo antes, pertenecía cada vez más a la esfera de lo privado.

El espíritu del documento de Cifuentes es el de la rebeldía ante una realidad adversa, aplastante y demoleadora, como era el hecho de que desde el mismo gobierno se estuviese conduciendo al país de forma contraria a los intereses de las *mayorías*, todas ellas católicas. Cifuentes no lo menciona abiertamente, pero es claro que se refiere a los liberales, y es tan hábil que desliza en su alocución un reproche con resonancias *democráticas* para argumentar que la realidad social es opuesta al liberalismo. Las palabras de Cifuentes tratan de mostrar que la apuesta liberal choca de forma fatal contra la realidad social, contra una sociedad que sigue siendo inevitablemente tradicional y refractaria a una *nación moderna* y secularizada como quería el dogma liberal.

Para él, la implantación definitiva del liberalismo político no sólo fue consecuencia de su hegemonía ideológica, obtenida de a poco desde décadas atrás, sino sobre todo como terrible derivación de la indiferencia de los católicos cuyo “error” había tenido temibles efectos en el cuerpo social.

«Veamos lo que pasa en Chile. ¿Dónde están los católicos que crean i confiesen lo que la Iglesia manda creer i confesar; que amen, respeten i defiendan lo que la Iglesia ama, respeta i defiende?

Están en los templos i en el oculto retiro del hogar. Allí lamentan en privado que los vicios cundan, que se escarnezca a la virtud, que se glorifique a la iniquidad, que el error y la impiedad se enseñoreen de las almas i se muestren cada día mas

³⁵CIFUENTES, Abdón. *Op.Cit.* p. 4.

audaces i altaneros. Desde allí deploran, a media voz i como a puerta cerrada, que los nuevos paganos se distribuyan como en familia los destinos públicos, dicten leyes inícuas i opresoras, se apoderen de la enseñanza oficial i la conviertan en tribuna permanente de propaganda de las mas funestas doctrinas para pervertir a la juventud. Desde allí contemplan tranquilos que la prensa periódica derrame por todas partes, i día a día, un verdadero diluvio de errores i mentiras, que extravía el juicio público, corrompe las costumbres i arrastra los pueblos a los mas lamentables i seguros extravíos.

Llamad a esos hombres de bien, a esas conciencias todavía rectas a que concurren activa i eficazmente a esas luchas de la vida pública, para impedir que los males sociales se multipliquen i acrecienten, i oireis una respuesta infalible, que sería la mas culpable traición a nuestros deberes sociales si no fuera la expresión de una ignorancia extrema i de una ceguera incalificable: <Yo no mezclo en política; me debo a mi trabajo i a mi familia; cada cual en su casa i Dios en la de todos> >>.³⁶

El liberalismo aparece, sin ser nombrado pero claramente identificado, como el responsable de todos los “males” del presente. Ciertamente es que el principal eje del pasaje anterior de Cifuentes está referido a la indolencia de los católicos, a los que fustiga con sobrada autoridad, pues él sí mantuvo una concordancia entre sus creencias, palabras y sus hechos, a más de que fue un tenaz y valiente defensor del catolicismo en las distintas tribunas de la vida pública en las que participó. El argumento de la perversidad fue usado por Cifuentes para elaborar una parte de la explicación sobre el predominio de la “iniquidad liberal”, la que tiene que ver con la responsabilidad católica: <<hombres de bien>> que con su afán de evasión del terreno de la política traen involuntariamente “males sociales”. Buenas intenciones que, sin embargo, tuvieron efectos perversos.³⁷ En suma, el bien que trae el mal.

Esos <<nuevos paganos>> que alude Cifuentes, por otra parte, son mostrados como autores de un ambiente antirreligioso que, además, tienen secuestrado al *Estado* y lo han vuelto contra la sociedad. Los liberales son mostrados como una “enfermedad” que estaba “corrompiendo” al cuerpo social desde las posiciones del *Estado* y “envenenando” la vida pública del país. En el discurso de Cifuentes, los liberales son presentados como “agentes del mal”, cuya influencia perniciosa se había extendido por todo el país desde que se adueñaron del poder político.

De ahí, se llega a la impresión de que para Cifuentes, el estropicio sobrevino en Chile cuando los liberales, en la gestión del Presidente José Joaquín Pérez (1861-1871), arribaron al gobierno de la mano de la Fusión liberal-conservadora. Después, la <<iniquidad, el error y la impiedad>> hicieron crecientes adelantos en los gobiernos de José Joaquín Pérez (1861-1871) y Federico Errázuriz Zañartu (1871-1876), al grado de que la educación se transformó en manos liberales en un instrumento para la propagación de las <<mas funestas doctrinas>>, luego de la salida de los conservadores del gabinete “fusionista”. Y así, se llega a los años en que Cifuentes elaboró su texto, una época en la que la perversidad liberal lo domina todo, <<extravía el juicio público, corrompe las costumbres>>.

³⁶CIFUENTES, Abdón. *Op.Cit.* pp. 4-5.

³⁷HIRSCHMAN, Albert O., *Retóricas de la intransigencia*, México, Fondo de Cultura económica, 1991, p.185.

En el discurso de Cifuentes la religión católica aparece como base de la sociedad, como la idea fundadora de la nacionalidad chilena, que inevitablemente hace alusión a la más fuerte herencia colonial proveniente del *antiguo régimen* que la prédica liberal y renovadora se empeñaba en abatir con el peso de las concepciones de progreso y *modernidad*. Desde ese punto de vista, era el discurso de la *civilización* liberal contra la *barbarie* del pasado que defendían los conservadores. Cifuentes, sin embargo, muy bien podía invertir los términos y acusar que la pretendida civilización que los gobiernos liberales se empeñaban en instaurar había traído a Chile una nueva “barbarie”, de tipo liberal, en la que predominaban un autoritarismo y dogmatismo liberales. Su crítica al liberalismo se basó en los resultados de la aplicación de sus principios, los cuales fueron a su parecer contraproducentes dada la naturaleza profundamente católica del *pueblo* chileno.

Cifuentes llevó más adelante su impulso crítico sobre las *mayorías católicas*, tratando de mostrarles su inconciencia frente al “peligro” del anticlericalismo y el precio que habrían de pagar por ello. Es decir, que para él, el constante avance del liberalismo implicaba el fin de la *civilización católica*. Y para demostrarlo, refirió el papel “corruptor” que desempeñaba la prensa liberal.

<<Si los mil coros de la prensa diaria predicán sin contradicción el error o la impiedad; si por ellos se quebranta o rompe el freno de las conciencias; si los vicios cunden; si crece la ruina moral de la familia i de los pueblos; si se ven en trance de muerte sus principios o sus instituciones salvadoras, ¿de quién es la culpa?

¿Es solo de los adversarios del catolicismo? Tan activos como diestros, hacen su papel i cumplen su tarea. Su misión es destruir i destruyen. Esa es su causa: la defienden i sostienen como buenos soldados. La prensa es en el día un elemento poderoso de influencia política i social; ellos lo explotan en todos sentidos. Es un campo de recio batallar: ellos están en la brecha i en su puesto.

Los católicos, ¿ocupan el suyo? ¿Tienen firme i dignamente colocado su estandarte en este terreno? ¡Ah! Por ceguedad, por indolencia o egoísmo están por lo jeneral ausentes, desarmados u ocultos. Oyen desde léjos el ruido del combate en donde uno que otro de los suyos lucha heroicamente por su causa, i se dan por satisfechos con llorar en la soledad el terreno que pierden los principios que son su credo i su divisa>>.³⁸

Era con profunda alarma que Cifuentes señalaba que la oposición entre el “interés privado” de los católicos y su “desprecio” por ocuparse de los “males públicos” que estaban “engendrando” los liberales, lo que “agravaba” la situación de Chile. Tales argumentaciones fueron utilizadas con bastante frecuencia para exhibir el “carácter maligno” de los liberales y mostrar los “subversivos” efectos de la razón liberal. Y en ese sentido, Cifuentes coloca a la religión católica como el punto nodal para la “subsistencia” del país. La praxis política de los liberales, merced al vasto consenso que privaba en los grupos dirigentes, es juzgada por Cifuentes con dureza y alarma por el “daño social” impuesto al país. Para él, los frutos de la acción política liberal eran la “decadencia” y “los horrores” propios de una revolución. Pero también, estaba presente la constatación por parte de Cifuentes de un hecho irrefutable: la fuerza de la cúpula modernizante que fue capaz de imponer sus criterios a la “sociedad real”

³⁸CIFUENTES, Abdón. *Op.Cit.* pp. 10-11.

de Chile. Es decir, los liberales impusieron al país, por la vía de las leyes, su idea de sociedad plural a una sociedad con unanimidad confesional.

Para Cifuentes había, sin embargo, otros efectos de terribles consecuencias para el país, como resultado de la combinación de la indolencia católica y de la “perversidad liberal”. Se trataba de la incongruencia que él percibía entre mayoría y representación política.

<<Lo que pasa en la prensa, pasa en las elecciones populares. Los mismos que se dicen católicos concurren con sus votos, con su dinero, con sus trabajos personales a elegir representantes o majistrados que son enemigos declarados de la Iglesia, haciendo así una doble traición al primero de sus deberes como cristianos i como ciudadanos, i causando así a la sociedad males de incalculable trascendencia.

Solo así se explica que en este país donde casi la totalidad de la población es católica, la mayoría de la prensa sea anticatólica; solo así se explica el chocante contrasentido de que Presidente i ministros, intendentes i gobernadores, senadores i diputados, majistrados judiciales i hasta los inspectores de barrio sean casi en su totalidad enemigos francos o encubiertos de la relijión.

Solo así se explica el repugnante espectáculo de que gobiernen a este país jentes sin honor i sin conciencia, que habiendo jurado *observar i proteger* (sic) la relijión católica, violan sin pudor sus leyes, atropellan sus dogmas, roban sus rentas i la persiguen de todas maneras; que habiendo jurado cumplir i hacer cumplir la Constitución, i ordenando ésta que la relijión del Estado sea la católica, prohíben sin embargo el culto católico, atentando contra las mas preciosas libertades públicas i poniéndose en abierta rebelion contra el pacto fundamental del pueblo chileno... Todo esto parecería una absurda pesadilla, si no fuera una estúpida realidad>>.³⁹

La era secular estaba ya instalada en Chile, con todas sus consecuencias, y estaban tan presentes las ideas del liberalismo en el tono de la época que hasta conservadores como Cifuentes, que exudaba un ferviente tradicionalismo, no sólo las conocían sino las utilizaban para atacar a los gobiernos liberales. Es decir, que las principales nociones que componían el dogma liberal eran usadas por Cifuentes contra sus principales promotores. Principios como la soberanía popular, los derechos individuales y la libertad, fueron utilizados magistralmente por Abdón para “desnudar” la incongruente realidad chilena de sus tiempos y discutir la legitimidad de una clase gobernante liberal opuesta a un país católico.

Exponía, en suma, a la “camarilla liberal” como ilegítima representante de una sociedad enteramente católica. O dicho de otro modo, planteaba la existencia de una “dictadura liberal” y por lo tanto irreligiosa, que gobernaba sin el consenso de las *mayorías católicas*, traicionando la soberanía que además de popular era católica, a decir de Cifuentes. En esos términos, la crítica que Cifuentes hacía era que la “democracia liberal” constituía un engaño puesto que las mayorías nacionales y católicas no estaban representadas sino por el contrario, negadas. Lo que los conservadores estaban planteando era la idea de que el *Estado* debía estar cimentado en el consentimiento de los gobernados, que eran absolutamente católicos, y no en su contra, como hacían los liberales con sus leyes secularizantes. En otras palabras: el republicanismo conservador de Cifuentes y de sus correligionarios, sustentaba

³⁹CIFUENTES, Abdón. *Op.Cit.* p. 12.

que el “pueblo católico” debía ser la fuente de la autoridad (el *Estado*). Cifuentes parecía aludir a un cierto “bien común”, extraído del bagaje del republicanismo pero adjetivado de católico.

La afirmación del derecho de los católicos a intervenir en el orden secular y combatir a ese conjunto de “males” que la *sociedad moderna*, de inspiración liberal, había sembrado en el país, tal era el impulso de las palabras de Cifuentes. La única manera de que el conservadurismo de Cifuentes, de matriz tradicional (católica) pero de instrumentos republicanos, combatiera eficazmente al liberalismo que era la doctrina predominante y que inspiraba al sistema institucional, era golpearlo en su fuero más íntimo, que era la autoconcepción de ser la *ideología del progreso*. Plantear que los frutos de la *ideología del progreso* no sólo eran el “retroceso” y la “barbarie”, sino que la aplicación del sistema liberal no se correspondía con la realidad. Para él, en definitiva, los liberales estaban consolidando un régimen absolutamente exógeno.

Enseguida, Cifuentes establecía que los “terribles males” que aquejaban a Chile no le eran privativos sino por el contrario, dicho país era un eslabón más de la larga cadena de países que estaban “sucumbiendo” a la <<revolución irreligiosa>>, en sus propias palabras, que como “peste” se extendía por doquier.

<<Pero, ¿es solamente en Chile donde la mayoría católica ha perdido hasta este punto la conciencia de sus deberes i de sus derechos i de sus gravísimos deberes (sic)?

Echad una mirada por todo el orbe católico i vereis con asombro i con dolor que en parte alguna ha sabido conservar su rango. Abandonados a una ciega confianza i estéril, los católicos han dejado en todas partes que la revolución irreligiosa vaya ocupando todas las alturas que ellos no han cuidado de conservar,...

Merced a esta imprevisora indolencia ha venido verificándose ese extraño fenómeno de que los mandatarios de las naciones católicas sean de ordinario los enemigos francos o encubiertos de la misma verdad católica. Ayudados, mas por su habilidad o por su audacia, por la desercion o la silenciosa complicidad de la pereza i del egoismo de los hijos de la Iglesia, se han ido adueñando poco a poco del mando de los pueblos, hasta el punto de que hoi día todos los gobiernos católicos se han ido; no queda ninguno sobre la tierra.

Los gobiernos paganos han vuelto, i si no han vuelto como los antiguos con todo el cortejo de sus falsos dioses, es porque la impiedad moderna, en su soberbia insensata, suprime a Dios para adorarse a sí misma; i si no han vuelto como los antiguos con sus esclavos i sus fieras, es porque la luz del Evangelio brilla todavía sobre el horizonte i porque los pueblos civilizados por él respiran todavía una atmósfera tan saturada del cristianismo, que no seria posible suprimir de un golpe todas las conquistas morales del linaje humano, todos los principios redimidos en la cumbre del Gólgota.

Por eso los gobiernos paganos de hoi no van todavía hasta donde fueron los antiguos; para allá caminan i para allá van arrastrando poco a poco a los pueblos, a medida que van cediendo las resistencias de la moral cristiana que ha nutrido su civilización. A medida que esas resistencias vayan siendo mas débiles, mayor será el movimiento retrógrado de las sociedades cristianas hácia el paganismo; a medida que

la fé cristiana vaya desapareciendo, mayor i mas rápido será el retroceso de los pueblos cultos>>.⁴⁰

En el discurso conservador los liberales aparecen como representantes de una *modernidad* que renegaba de la Iglesia, le arrebató sus posesiones y potestades y no sólo la separaba del *Estado* sino la subordinaba a éste. Y dicho proceso fue planteado por Cifuentes como el fenómeno más “catastrófico” del periodo, de ahí las maledicencias de los conservadores. La idea de ruptura en el “mundo católico”, herido en sus sentimientos, certidumbres, ideales e intereses, son las evidencias que expone Cifuentes para sustentar su oposición a los liberales. Y en contrapartida, se mantenía y profundizaba la hegemonía liberal, siendo abatido el poder social de la Iglesia. Para él, era clara la vigencia de los valores católicos frente a la “naturaleza corrupta” de los liberales. De acuerdo con Cifuentes, los católicos no tenían plena conciencia de su debilidad ante el proceso de transformación de la sociedad ni capacidad de respuesta, y por lo tanto la mayor consecuencia fue la crisis religiosa que según él, vivía Chile y el mundo entero.

Conforme a Cifuentes, los alemanes fueron los primeros que en Europa se organizaron en asociaciones de laicos para defender sus intereses religiosos en las luchas de la vida pública, apoyar al clero y formar un <<apostolado laico del catolicismo>>. Fue en 1848, cuando Alemania fue sacudida por <<movimientos convulsivos, hijos de la revolución de Febrero en Francia>>, por lo que los católicos alemanes advirtieron que debían <<combatir los principios antisociales de las sectas i defender vigorosamente la religión i la sociedad amenazadas>>.⁴¹ Para Cifuentes, el espíritu de asociación sería el artífice de la regeneración alemana:

<<En 1863, es decir, en quince años de labor se habían fundado diez grandes diarios, como cien periódicos de menor importancia, catorce revistas científicas o literarias, mas de cuatro mil escuelas católicas, dos magníficas universidades, academias, bibliotecas i mas de quinientas sociedades de todo jénero.

Fue esta misma robustez de vida, nacida de la organización i disciplina de los católicos, la que en 1873 llevó el miedo al corazón i la perturbación a la cabeza del Gobierno prusiano. Bismark, armado de un poder omnipotente i desvanecido con los resplandores de la gloria, movió cielo i tierra para ahogar a este poder que se alzaba, lisonjeándose con la seguridad de anonadarlo en poco tiempo. El árbitro de los destinos de la Europa creyó que le bastaba poner el taco de su bota sobre la Iglesia i los católicos, para aplastarlos para siempre.

Cuando Bismark comenzó su gran persecución, su obra de arrestos, prisiones i destituciones; el destierro de Obispos, la expulsión de las congregaciones religiosas, supresión de curas, secularización de escuelas, expoliación de los bienes eclesiásticos, etc., no contaban los católicos en el Reichstag mas que cuarenta i cinco representantes, que formaban una débil oposición al omnipotente canciller. Cuatro años mas tarde, en 1877, apesar de la mano de hierro del Gobierno, los católicos llevaban al Parlamento alemán *ciento un* (sic) diputados, que, unidos a otros grupos

⁴⁰CIFUENTES, Abdón. *Op.Cit.* pp.12, 13,14.

⁴¹CIFUENTES, Abdón. *Op.Cit.* p. 18

de oposicion, comenzaron a hacer comprender al gigante del norte que los tiranos no lo pueden todo en este mundo.

Han pasado seis años mas i ya el gigante se da por vencido i ofrece él mismo la oliva de la paz. La última lei, relativa a los negocios eclesiásticos, que ha comenzado a rejir el 1.º de Agosto último i que deja sin efecto las mas opresoras disposiciones de las famosas leyes de Mayo, es la mas solemne confesion de vencimiento.

La Iglesia Católica alemana, cubierta de gloria, se levanta hoy mas robusta i vigorosa que nunca. ¡Admirable ejemplo de la inmortal juventud de la Iglesia i del poder del espíritu de asociacion!>>.⁴²

Sin duda es singular la idea de un *héroe católico* capaz de “salvar” a la sociedad del “caos liberal” y oponerse al todopoderoso *Estado* y su política anticatólica en la Alemania bajo Bismarck.⁴³ De manera que el discurso de instauración de la Unión Católica en Chile se convirtió en la visión de Cifuentes en el momento fundacional de una era heroica, que vendría a redimir a la Iglesia y a la religión católica. Ese y no otro, era el imperativo del presente para Cifuentes. Por otra parte, las referencias a otras luchas sociales emprendidas por sectores laicos para salvaguardar la religión católica, llevadas a cabo en otras geografías del mundo occidental, eran metáforas anticipatorias de la gesta social y civilizatoria que era necesario emprender para “salvar” a Chile. De la misma manera, mirando el ejemplo alemán, Cifuentes podía percibir la utilidad de los mismos instrumentos y derechos que el orden liberal garantizaba, y que los liberales pregonaban, para hacer eficaz la defensa de la religión católica. Según Cifuentes, la tendencia mayoritaria del país era católica y debería estar en oposición con los valores políticos liberales. Para él, era una necesidad la religión católica en la dirección política del *Estado* y la participación activa de las huestes católicas en la vida pública del país, siendo el voto un instrumento para asegurar el respeto a la doctrina y a las posturas de la Iglesia por parte de la legislación nacional y la acción del *Estado*.

Ya anteriormente se ha hecho referencia a la admiración de Cifuentes por los Estados Unidos, presente en las páginas de sus *Memorias*. Y en este recorrido por el mundo occidental para documentar la pertinencia de la defensa laica de la religión, la referencia al empuje norteamericano no podía faltar.

<<Los católicos de los Estados Unidos no tardaron en seguir el ejemplo de la Alemania. Con el fin de contrarrestar los progresos que hacían las sociedades masónicas e impedir que se afiliasen en ellas los jóvenes católicos que venían de Alemania e Irlanda, comenzaron a fundar asociaciones laicas semejantes a las de Pio IX, de Alemania, con el nombre de *Congregaciones Católicas*, que ponían bajo el patrocinio de algún santo.

En poco tiempo esas asociaciones, fundadas en las principales ciudades de la Unión, pasaban de cincuenta, de manera que, imitando a la Unión Católica alemana, determinaron confederarse, celebrar asambleas generales todos los años i establecer un centro de acción comun...

Universidades, colejos industriales, escuelas, diarios i revistas, asociaciones de caridad, sociedades para la propagación de buenos libros, bibliotecas, todo ha

⁴²*Ibid.* p. 22.

⁴³FULBROOK, Mary, *Historia de Alemania*, Reino Unido, Cambridge University Press, 1995, pp. 182-184.

salido, como de un inmenso taller, de ese centro de ilustración i de actividad bajo las inspiraciones de la religión i de aliento creador de la fé católica. ¡Qué hermoso espectáculo es el que ofrece la inagotable fecundidad de la Iglesia!

Hé aquí ejemplos que admiran i consuelan; ejemplos que nos están diciendo cuál es el camino para reconquistar el rango perdido por la imprevisión o por la incuria>>.⁴⁴

La tendencia a imitar a los Estados Unidos, mostrada por una élite con una herencia histórica católica pero con una cultura impactada por el progreso de los Estados Unidos e influenciada por las corrientes filosóficas de Europa, fue parte no sólo de los grupos liberales sino también, como ya se ve, de los conservadores. Sin embargo, Cifuentes miraba no al gobierno ni al *Estado* sino a la sociedad organizada. Como en el caso alemán, eran los sectores sociales constituidos e imbuidos de una “conciencia social” los que estaban marcando la pauta, los que tomaban la “responsabilidad social” y actuaban contra la prisa política de los liberales y el “sin sentido” de su pretensión transformadora, culpables del “deterioro” del espíritu católico. El conocimiento sobre la realidad de otros países, como el norteamericano, colocaba a Cifuentes en la disposición de emprender la tarea de convocar y encauzar el “poder social” de los católicos chilenos y comenzar a planificar la red de organizaciones católicas a una escala mucho mayor de la ya existente. Para ello, la Iglesia en conjunto con la comunidad de fieles de la élite y los políticos conservadores, aprovecharían las instituciones ya creadas por el clero en el mundo popular, en el ámbito de la educación y del culto, de las que se hablará más adelante, para lanzar una ofensiva que hiciera frente a los “gobiernos paganos”.

Si bien los casos de Alemania y Estados Unidos constituían pruebas evidentes de lo que los católicos podían hacer en defensa de su religión ante el embate liberal, Francia aparecía en el esquema mental de Cifuentes como un país secuestrado por el <<mal>> y la <<impiedad>>, como tierra de la <<revolución irreligiosa>> y las <<catástrofes sociales>>.

<<Desde luego, i aparte de la indolencia jeneral, achaque comun a todos los países, la carencia de toda libertad de asociación ha sido en Francia un obstáculo insuperable para el nacimiento i desarrollo de estas instituciones. La suspicacia recelosa de gobiernos tan enemigos de la religión como de la libertad, so pretexto de orden i de salud pública, han mantenido en vigor leyes i trabas odiosas que no han impedido mal alguno i que solo han ahogado i sofocado las nobles inspiraciones del bien; que no han estorbado la multiplicación de las sociedades subterráneas i destructoras de todo orden social, i únicamente han estorbado el nacimiento de las asociaciones honradas, que sean vivir al aire libre i que están destinadas a moralizar a los pueblos i a salvaguardar a la misma sociedad. Este ha sido siempre el resultado definitivo de esas leyes opresoras que han violado en los ciudadanos el derecho i la necesidad natural de asociarse: haber sido barrera insuperable para el bien, i lejos de impedir, hacer mas violentas las manifestaciones del mal.

Es lo que le ha pasado a la Francia, madre funesta del centralismo, con sus negaciones obstinadas de la libertad de asociación. Todas las sociedades contrarias a la moral i al orden público han florecido i prosperado a las mil maravillas a la sombra

⁴⁴CIFUENTES, Abdón. *Op.Cit.* p. 23-24.

del misterio. El secreto solo ha servido para hacerlas mas cautas, mas precavidas, mas hábiles i mas peligrosas. Miéntras tanto, los buenos ciudadanos, respetuosos de las leyes, que para salvar a la misma sociedad amenazada han querido utilizar el gran poder de la asociacion, a la luz del dia, han hallado siempre cerrado el paso por los tutores oficiales, por las miserables preocupaciones del autoritarismo incorregible, tan dañino a los pueblos como las sociedades secretas que han trabajado las minas para volarlo>>.⁴⁵

El terror jacobino, la revolución de 1848 y la Comuna de París de 1871, fueron acontecimientos que mantuvieron vigente la amenaza de la conmoción social durante el siglo XIX en muchas latitudes del mundo occidental. Y los conservadores chilenos hicieron su propia lectura de dicha obsesión. El impacto de los sucesos en la Francia revolucionaria se transformó en la mentalidad conservadora de Chile (y de América Latina en general), en una inquietante lección con valor *universal* por la violencia y “calamidades sociales” que habían sido generadas por “pérfidas sugerencias” y “preceptos disolventes”. A pesar de la distancia temporal y espacial, Cifuentes adoptó un tono comprometido en su crítica a Francia, pues sólo desprecio y desconfianza le producía la estela de ensayos y agitaciones políticas ahí surgidas.

Por otra parte, la alusión a la falta de <<libertad de asociación>> en Francia le es en suma útil a Cifuentes para “demostrar” los efectos que tal ausencia producen en el “cuerpo social”, y extraer así, una “enseñanza” para Chile y poner nuevamente en “evidencia” el papel de los liberales a quienes acusaban de “traicionar” esa “ley suprema” que es la libertad. Y es que la situación se presentaba invertida en sus términos, pues no era la clásica disputa maniquea entre la libertad de los liberales y el dogma católico conservador sino lo opuesto: la libertad exigida por los conservadores frente al “dogma autoritario” de los gobiernos liberales. Así, los conservadores fueron capaces de decir que había una profunda contradicción entre las aspiraciones libertarias del ideario liberal y la práctica autoritaria de las administraciones liberales.⁴⁶

Refiere Cifuentes que los ejemplos de <<piEDAD y civismo>> comienzan a ser imitados en la España, que aunque dividida entre carlistas y alfonsinos, los católicos han unido sus fuerzas dispersas para fundar la Unión Católica de España en 1881.

⁴⁵CIFUENTES, Abdón. *Op.Cit.* pp. 26-27.

⁴⁶Desde el momento mismo en que los conservadores abandonaron el gobierno en 1873, desarrollaron en el Parlamento toda una campaña para defender el derecho de asociación contra la “arremetida liberal”. En realidad, sabían que lejos del gobierno quedaban en desventaja frente a los liberales, por lo que defendieron la libertad de asociación así como también la ampliación del derecho de sufragio y la libertad de educación, con el claro objetivo de ganar espacios en la vida pública para sí mismos como partido y, sobre todo, para su idea de sociedad. Por lo tanto, el propio discurso de Cifuentes y la fundación de la Unión Católica, 10 años después de la ruptura con los liberales, fueron pruebas de la etapa de maduración y consolidación del proyecto católico conservador. Por cierto, el discurso de este conservador es también prueba de que la percepción negativa de los liberales pervivió en su ánimo, sobre todo en lo que a la libertad de asociación se refiere. Para una muestra de la argumentación utilizada por Cifuentes en los debates parlamentarios de 1873, a propósito del derecho de asociación, que es idéntica en sus términos con el discurso de 1883 aquí analizado, véase: SERRANO, Sol, <<La estrategia conservadora y la consolidación del orden liberal en Chile, 1860-1890>>, en: CARMAGNANI, Marcello (coordinador). *Op.Cit.* pp. 141-149.

<<Aludiendo a esta sociedad naciente, uno de sus mas activos propagadores [de la Unión Católica de España] decia en LA CIVILIZACION del 9 de Abril de 1881: <Nuestra Constitucion política ha dejado de ser católica; la enseñanza, sustraída desdichadamente al majisterio divino e infalible de la Iglesia, se ha encomendado a los libre-pensadores, para envolver a la juventud en la atmósfera pestilente i destructora del racionalismo. El crimen ensalzado; la iglesia calumniada; el error y la herejía prepotentes; en todas partes la blasfemia, espectáculos obscenos e inmorales, la corrupcion, la perfidia, cien vicios i plagas sociales dominándolo todo con espantosa i creciente audacia; aquí templos derribados; allá lupanares impúdicos, palacios soberbios consagrados al placer i villano sensualismo: hé aquí la obra nefanda de la Revolucion; hé aquí los timbres de triste gloria que puede ostentar *el liberalismo* (sic) en nuestra patria>.>>⁴⁷

Esta cita referente al ámbito español es interesante pues indudablemente Cifuentes encontró una inigualable radiografía de la situación en que se hallaba la Iglesia y el catolicismo en Chile puesto que su hegemonía social se hallaba en fase declinante, opacada por el ascenso indiscutido del *Estado liberal*. En ese sentido, era claro que para los liberales no existía nada por encima de la sociedad, el *Estado* y el gobierno legítimo. En otras palabras, era el *Estado* la única autoridad que debía presidir a la sociedad y ya no la Iglesia y este proceso era el que estaba horrorizando a conservadores como Cifuentes. Era esta una “nefasta realidad” para Cifuentes, generada por el encumbramiento del laicismo. El liberalismo que pretende civilización, *modernidad* y progreso como sus mayores realizaciones, aparece en la mirada de Cifuentes como una ideología “perversa” cuyos frutos son únicamente “plagas sociales”; lo opuesto de lo pretendido. Así, en esta óptica el liberalismo es presentado como aquella ideología que procura el bien y sólo consigue el mal; que quiere construir algo nuevo y sólo destruye lo “permanente” y cimentado, labrado por el paso de los siglos. Es decir, procura prosperidad y lo único que trae al país es su “ruina”.

En el discurso de Cifuentes es incontrovertible la firme convicción que la lucha que él en lo particular ha emprendido, la misma lucha a la que convocó a la *sociedad católica* de Chile, forma parte de un movimiento del *mundo occidental* que defendía a la “civilización católica”. Pugna en la que el gobierno, como entidad abstracta, es preso de una “conspiración” para desarrollar una “revolución anticatólica”.

<<Las mismas causas han producido en Chile los mismos funestos efectos, de modo que algunos católicos se han puesto a la santa obra de conjurarlos por los mismos medios honestos i legales de que otras naciones han dado tan laudable ejemplo.

Al efecto, i con fecha 1.º de Junio del corriente año, acordaron las bases de una Sociedad titulada <<Unión Católica de Chile.>> Dos artículos de sus sencillos Estatutos explican suficientemente el objeto de la Sociedad, el cual no es otro que procurar la union íntima i permanente de los católicos; i la defensa y propagacion de los principios i obras católicas, i mui especialmente la defensa de la libertad i derechos de la Iglesia, sobre todo en los ramos de la vida pública...

En una invitacion dirijida a sus correligionarios con fecha 7 de Junio último, sus fundadores dicen:

⁴⁷CIFUENTES, Abdón. *Op.Cit.* p. 42.

<La revolucion irrelijiosa, que ha causado tan graves males en las sociedades modernas; que ha producido tan hondos i desastrosos sacudimientos sociales, tanto en Europa como en algunas Repúblicas de América, viene tambien tomando creces amenazadoras en nuestro país.>(sic)

<Auxiliada i sostenida por los mismos ajentes del poder público, ha ido organizando sus fuerzas i propagando sus funestas doctrinas por medio de la enseñanza oficial, muchas veces convertida en instrumento de sus designios; por medio de la prensa, cuyas publicaciones periódicas establece por todas partes; por medio de sociedades, donde enrola a la juventud i a los obreros; por medio, en fin, de todos los recursos valiosísimos de que disponen autoridades inescrupulosas, que han jurado observar i proteger la relijion católica, i que, sin embargo, no excusan medios no pierden ocasión de menospreciarla i de herirla.>...

<Si nuestras instituciones son desnaturalizadas i aun violadas; si no se respetan los derechos i las libertades de la inmensa mayoría de nuestros conciudadanos, fuerza es reconocer que eso se debe en gran parte a la inaccion i aislamiento en que vivimos los católicos. Somos débiles porque vivimos aislados, dispersos y casi sin medios de defensa. Nuestro desarme es general. Entregados a un funesto sueño, hemos dejado que el enemigo invada por todas partes nuestro campo i se apodere de todas las posiciones ventajosas. ¿Qué esperamos para despertar? ¿Que el mal no tenga remedio? ¿Nos limitaremos, como de costumbre, a oponer a los esfuerzos, a los ataques i a las conquistas de los enemigos, las vanas lamentaciones i las estériles protestas?>(sic)

<Si los católicos de Chile han hecho algunos esfuerzos i sacrificios, que no son todavía suficientes, en lo que toca a la enseñanza i a la prensa, casi nada han hecho en materia de asociaciones, que son el mas poderosos elemento de lucha i de triunfo, porque la union da la fuerza i porque la asociacion es la fuente mas fecunda de las obras humanas, la forma natural i necesaria de las instituciones destinadas a durar i a propagarse>.>>

Aunque el tono empleado por Cifuentes es impersonal, mostrando la iniciativa de la Unión Católica como una obra ajena a él, lo cierto es que él mismo, junto con Joaquín Larraín Gandarillas, fueron sus principales organizadores. Esta combinación fue muy significativa pues indicaba la particular combinación política y religiosa que se daba para echar a andar el proyecto de la Unión Católica. Lo mismo que las implicaciones sociales, políticas e incluso, electorales. Por un lado, estaba el hecho de que Cifuentes era uno de los principales líderes del partido conservador, organización que sostenía su particular lucha política contra los gobiernos liberales. Y por el otro, estaba Joaquín Larraín Gandarillas, miembro de la jerarquía de la Iglesia y cercano a miembros del partido. Cifuentes se constituía en el nexo de ambos mundos, el político y el religioso:

<<De todos los diputados conservadores de finales del siglo XIX, Cifuentes era con seguridad el más cercano a la jerarquía católica. Siendo en lo personal profundamente religioso, tomo parte activa en instituciones de beneficencia como la Sociedad de San

Vicente de Paul y fue fundador y consejero de los grupos de la Unión Católica, incluyendo a los de mujeres y trabajadores>>. ⁴⁸

La naturaleza y los objetivos de la Unión Católica estuvieron determinados por el encono traído por la división de la vida política del país entre anticlericales y proclericales. Cifuentes parecía sugerir la idea de que si la *soberanía* efectivamente reside en la *nación*, que en este caso es una *nación católica*, y ésta delegaba su ejercicio en el gobierno, existía entonces una “perversión” de los valores republicanos y liberales pues el gobierno liberal no era representativo de la *nación católica*. Esta era una hábil crítica dirigida a aquellos que se decían liberales.

La utilización ideológica de los valores liberales para defender el sentir conservador, fue una de las más eficaces armas discursivas de Cifuentes. Por ello, planteaba que el gobierno liberal no podía desentenderse de la obligación que tenía para con el *pueblo*, al que teóricamente debía representar, que era católico en su inmensa mayoría. Dicho en otro modo, debía el gobierno liberal respetar tal voluntad si verdaderamente respetaba las libertades de un régimen republicano. Y esa era la táctica central de Cifuentes: demostrar que el liberalismo era tan “perverso” que entraba en contradicción consigo mismo. Pues por un lado, no representaba ni estaba en consonancia con la *voluntad general* y católica de la *nación*, antes bien le daba la espalda y obraba en contra del “mandato supremo” de las mayorías. Se convertían así en representantes que se volvían contra sus representados. Por otro lado, este liberalismo chileno con sus “crímenes”, traicionaba su esencia misma y era todo lo opuesto de lo que decía ser.

En ese sentido, Cifuentes bien podía darle vuelta al argumento liberal de que la reforma de la Iglesia respondía al mandato del “bien común”, demostrando que en realidad el “bien común” era exactamente lo opuesto: esto es, la Iglesia y el catolicismo debían ser respetados e intocados pues ese y no otro era el sentir de las “mayorías”. La *opinión pública* era católica y por lo tanto, debía verse reflejada en la dirección del país. En tanto que el estado de la opinión en las esferas de gobierno propiciaba un ambiente anticlerical que estaban estableciendo en todos los ámbitos de la sociedad, a despecho de las mayorías católicas.

El objetivo del discurso de Cifuentes era comprometer a la *nación católica* en una tarea “regenerativa” y de esfuerzo colectivo y defender la idea de la primacía de la Iglesia como orientadora de la *nación*.

<<Para combatir al catolicismo, sus enemigos de todos los colores, de todas las escuelas, se unen. Divididos por otros intereses, cuando se trata de herir los intereses religiosos, que son los mas vitales de la sociedad, todos lanzan a una sus tiros, todos están de acuerdo, todos conspiran al mismo fin, todos se organizan y conjuran en sociedad tanto mas siniestras cuanto mas tenebrosas.

⁴⁸MAZA VALENZUELA, Erika. “Catolicismo, anticlericalismo y la extensión del sufragio a la mujer en Chile”..., p.154.

La debilidad de los católicos, lo decimos por milésima vez, nace de su deserción primero; de su dispersión después. Aquí, está la causa profunda y lamentable de su debilidad y de sus derrotas.

En pueblos representativos, todos los ciudadanos son llamados a ejercer sus derechos de tales, a hacer oír su voz y hacer valer su opinión, su prestigio, su voto en los comicios, en la tribuna, en la prensa, en donde quiera que se discutan y decidan los intereses de la sociedad, que son los suyos propios. El que no comparece abdica, renuncia derechos que son irrenunciables; falta al más grave de sus deberes como miembro de una sociedad por cuyo bienestar y mejora tenemos obligación de velar>>.⁴⁹

La exclusión rigurosa de las “mayorías católicas” de toda participación en los <<negocios públicos>>, como también en la peculiar marcha histórica de la sociedad, impuestas por el ejercicio de la dominación política del bando liberal, aparecían a los ojos de Cifuentes no como las implicaciones colaterales del *proyecto modernizador* de la sociedad chilena, sino como parte de su principal objetivo: terminar con la edad de la religión como estructura central de la sociedad chilena.

Por otra parte, Cifuentes parecía aludir a la esencia del pensamiento liberal como era la idea de la *soberanía nacional* y del *Estado* como emanación de aquella y que, por tanto, éste existía para asegurar o facilitar la felicidad y prosperidad de sus asociados, es decir, de los ciudadanos. Y para ello, el *Estado* debía proteger los derechos naturales (libertad, resistencia contra la opresión, la propiedad, la seguridad), de los gobernados. Así, para combatir la dominación política de los liberales, Cifuentes podía argumentar que los liberales “traicionaban” la *soberanía nacional* chilena, pues decían buscar la felicidad y bienestar de los ciudadanos y sólo le entregaban <<graves males>> y <<sacudimientos sociales>>. De la misma manera se podía expresar sobre la libertad, concepto clave en el discurso de los conservadores de la segunda mitad del siglo XIX chileno, y mostrar que los liberales y radicales en el gobierno subyugaban al país (léase a los católicos), en los terrenos de la educación, la religión y los derechos de la Iglesia, gracias a <<la intervención y a la omnipotencia invasora y despótica del Estado>>.

Con relación al tema de la libertad, era claro que conservadores como Cifuentes tenían su propio concepto de ella, marcado por el pensamiento católico. De manera que la libertad que defendía Cifuentes en este texto es una libertad católica (porque en otros foros y en otras circunstancias abogó por libertades tan liberales como la cuestión del derecho de sufragio para la mujer, merced a la promesa igualitaria del *Estado liberal* y el axioma de individuos iguales ante la ley). Es decir, que hay un intento de adecuar los nuevos principios políticos y sociales, puestos en práctica por los liberales, para darles un “enfoque católico”. Esta “orientación católica” de la libertad estaría regida por las disposiciones de la moral cristiana y los preceptos de la Iglesia, junto con los derechos naturales.

Hasta aquí, las palabras de Cifuentes sobre los antecedentes y la misión de la Unión Católica. Es menester indicar, nuevamente, que la Unión Católica hubo de emprender su lucha en defensa de la Iglesia y de la religión católica en un periodo en el que las relaciones

⁴⁹CIFUENTES, Abdón. *Op.Cit.* p.53.

entre el gobierno chileno y la Santa Sede estaban rotas desde 1882. Como se recordará, fue el gobierno del liberal y anticlerical Domingo Santa María (1881-1886) el que impulsó un programa de medidas tendientes a arrebatarse a la Iglesia sus últimas prerrogativas sociales (leyes relativas a los cementerios, matrimonio, registro civil). Así, en la mirada de los católicos, el Presidente Santa María le “robó” a la Iglesia toda intervención sobre la vida de las personas. En respuesta, y con los auspicios de la jerarquía eclesiástica, los católicos se organizaron para defender su religión y a su Iglesia. Pronto, la cruzada católica fructificó y en tal resultado, Abdón Cifuentes tuvo mucho que ver.

<<Los centros de la Unión canalizaron los esfuerzos católicos para organizar sindicatos, sociedades mutuales y cooperativas entre los segmentos de la población de menores recursos y de clase obrera en los que la influencia anticlerical era más fuerte... Abdón Cifuentes, quien era también el presidente del Círculo Católico de Obreros, viajó por todo el país en 1886 para crear los Consejos Departamentales de la Unión Católica y formar a sus líderes hombres y mujeres. Quería prepararlos para <las luchas de la vida pública> y enseñarles <el imperioso deber de todos los católicos de organizarse y trabajar en la defensa de nuestra fe, de nuestros derechos y de nuestras libertades religiosas>. Los estatutos de tales organizaciones destinadas a los sectores populares estipulaban como algo prioritario el hecho de brindar enseñanza religiosa a sus miembros. Todas ellas tenían un santo patrono y a sus miembros, que debían ser católicos practicantes, les estaba prohibido pertenecer a alguna organización “laica” (vale decir, anticlerical) al igual que leer sus publicaciones – prohibición que se hacía extensiva a todos los católicos -. Los grupos de mujeres, dirigidos por mujeres de clase alta, se transformaron en uno de los componentes de la Unión Católica>>.⁵⁰

Para fines de 1886, Domingo Santa María había cedido la Presidencia del país a José Manuel Balmaceda (1886-1891), quien había fungido como su ministro del Interior. El Presidente Balmaceda restableció de inmediato las relaciones con el Vaticano, siendo Mariano Casanova quien ocupara el cargo vacante de arzobispo. Andando los años, la Unión Católica había logrado avances en su lucha contra la “enfermedad endémica del siglo”, es decir, el anticatolicismo. La Iglesia y el catolicismo iban ganando espacios en una sociedad que se volvía cada vez más plural. Una conquista en la que Cifuentes no tuvo un papel pequeño. Así, la Unión Católica

<<Desarrolló un importante papel en la difusión de la prensa en provincia –fundó entre otro *El Chileno* conocido como el diario de las cocineras que tuvo gran repercusión popular, *La Unión* en Valparaíso y *El Llanquihue* en Puerto Montt-, así como en la difusión de las sociedades católicas de obreros y en educación, fundando la Universidad católica en 1888>>⁵¹.

⁵⁰MAZA VALENZUELA, Erika. *Op.Cit.* Pp. 164-165. Esta autora indica que fue en el año de 1884 cuando se fundó la Unión Católica y no en octubre de 1883 como lo señala Abdón Cifuentes en el texto aquí examinado.

⁵¹SERRANO, Sol, Iván JAKSIC. *Op.Cit.* Pp.460-461.

Desde mediados del siglo XIX la Iglesia y miembros de las clases pudientes habían auspiciado organizaciones para el socorro de pobres e indigentes así como talleres destinados a educar y moralizar al “pueblo”. Más adelante, en las últimas décadas del siglo XIX, cuando la escena política fue cada vez más dominada por lo liberales y pusieron en práctica el ideario laico, el clero y los políticos conservadores reaccionaron llevando a cabo un intenso <<proselitismo político-religioso>>⁵² creando asociaciones católicas entre artesanos y obreros.⁵³ Y estas organizaciones se agregaron las instituciones educativas (primarias, liceos) y de culto (cofradías) ya existentes, auspiciadas por el clero, así como la presencia de la “Revista Católica”, y “El Estandarte Católico” (1874) como la voz de la Iglesia en el concierto de las publicaciones decimonónicas de las más variadas orientaciones políticas. De la misma manera que la propia batalla de los conservadores defendiendo las posiciones católicas en el Parlamento y en la prensa a través de las páginas de “El Independiente”.

Fue en ese contexto, en el que se presentaba la edificación de la Unión Católica de Chile y años más adelante, la propia fundación de la Universidad Católica (1888). En tales esfuerzos organizativos se mantuvieron como aliadas las mismas fuerzas sociales, eclesiásticas y políticas. En la Unión Católica confluyeron el círculo de fieles de la élite, la Iglesia católica y los políticos conservadores para tratar de oponerse a las reformas liberales y después, perdida ya la contienda, las mismas fuerzas fundaron la Universidad Católica para materializar así su idea de sociedad. En suma, el asociacionismo -como también la educación universitaria-, fue una estrategia de los sectores mencionados arriba para preparar a los católicos para la vida pública y defender así su doctrina.⁵⁴

3) Entre la “nación católica” y el “gobierno pagano”

Al poner el liberalismo en entredicho a partir de 1861 las bases en que se asentaba la sociedad constituida por los conservadores de la primera mitad del siglo XIX, y poco a poco ir modificando al *régimen* y cambiando la relación entre el *Estado* y la Iglesia, encontraron franca oposición de parte de los promotores de ideas de estirpe conservadora católica. Las reformas de clara tendencia liberal y *modernizante* como la tolerancia de cultos, el fin del fuero eclesiástico, las leyes de cementerios laicos, de matrimonio civil, de registro civil que

⁵²La expresión es de Sergio Grez. GREZ TOSO, Sergio, *De la “regeneración del pueblo” a la huelga general. Génesis y evolución histórica del movimiento popular en Chile (1810-1890)*, Chile, Ediciones de la Biblioteca Nacional de Chile, 1997, p. 532.

⁵³*Idem*. Véase los capítulos XIV y XVII en donde se detallan la estrategia conjunta de la Iglesia, de los laicos y políticos conservadores para construir un movimiento asociativo entre variados sectores sociales y en diversos ámbitos de lo público.

⁵⁴Por supuesto, no se puede soslayar el hecho de que la fundación de la Unión Católica de Chile en 1883 era sólo un eslabón en la larga cadena de asociaciones católicas que se fundaron en muchos países del mundo occidental bajo las directrices de la Santa Sede. El asociacionismo católico fue impulsado por la política pontificia con el claro objetivo de encarar al liberalismo, la masonería y el laicismo y defender a la Iglesia desde el laicado católico. El mismo Cifuentes en el texto aquí analizado destaca la organización de católicos en Europa y Estados Unidos. Así, se fundó la Unión Católica Alemana en 1848, el Círculo Católico en Francia en 1850, la confederación de Congregaciones Católicas en Estados Unidos en 1855, la Unión Católica en Bélgica en 1864 y la Unión Católica en España en 1881. CIFUENTES, Abdón. *Op.Cit.* pp. 19, 23, 25, 38, 41. Cfr.: SERRANO, Sol, <<La estrategia conservadora y la consolidación del orden liberal en Chile, 1860-1890>>, en: CARMAGNANI, Marcello (coordinador). *Op.Cit.*p.148.

despojaron a la Iglesia de su vasta presencia en el orden público chileno suscitaron encendidas polémicas.

Los liberales, junto con los radicales y al mando del *Estado*, pusieron los cimientos de la organización política de Chile basada en la tolerancia y sostuvieron que la acotación de la Iglesia era una exigencia imperiosa de la “civilización” y condición indispensable para el progreso. En ese camino encontraron la oposición de los conservadores, a los que acusaron de ser refractarios a tal elevados ideales.

En esa lucha contra los liberales y el *Estado* mismo, estuvieron la Iglesia y su jerarquía, además de que un sector del clero se orientó a la política militante y se vinculó al partido conservador. Ellos, la jerarquía eclesiástica y los conservadores, como es sabido, plantearon que se turbaba la tranquilidad política al “atacarse” a la Iglesia y al destruirse la unanimidad religiosa del país. Sin embargo, en sus argumentaciones los liberales hacían una pertinente distinción entre la representación institucional (la Iglesia) y el sentimiento religioso. Mientras que los conservadores y la propia jerarquía eclesiástica, plantearon que cualquier medida destinada a tocar las potestades terrenales de la Iglesia (nacimientos, cementerios, etc.), eran automáticamente ataques a la fe católica.

Esta batalla que en la historia chilena se conoce como <<luchas teológicas>>, tuvo en el partido conservador a un actor político continuamente desplazado y luego relegado del centro de las decisiones de gobierno. El <<Estado liberal>> fue a su vez objeto de la hostilidad de los conservadores. En un primer momento, ellos argumentaron a favor de que se mantuviera la exclusividad de la religión católica y en contra de la laicización social. Posteriormente, derrotada dicha postura, los conservadores combatieron al <<Estado liberal>> para tratar de arrancarle libertades: individuales, de asociación, de enseñanza y electorales.

En ese contexto se da el discurso de Abdón Cifuentes, y que marcó el inicio de la Unión Católica. En la hora crepuscular de la Iglesia, Abdón Cifuentes arengó a las huestes católicas para “salvar” a la *civilización católica* de la revolución liberal. Llama la atención que Cifuentes no haga mención de la situación de la Iglesia en América Latina en el recuento que hace para elevar el ánimo católico en Chile. Más aún si se toma en cuenta que a partir de la segunda mitad del siglo XIX tuvo lugar, con algún desfase cronológico, el triunfo de las reformas liberales en toda Latinoamérica en los ámbitos culturales, ideológicos, políticos y constitucionales. Nada hay sobre el violento proceso de secularización en México al promediar el siglo XIX, en medio de guerras civiles e invasiones de potencias europeas. Lo mismo que en el caso de Colombia, que a mediados de siglo se aplicó una política anticlerical mediante un conjunto de leyes secularizantes y desamortizadoras (aunque en las últimas décadas del siglo XIX la Iglesia volvería por sus fueros). Tampoco sobre el triunfo de la reforma liberal en Venezuela y Guatemala en la década de los setenta del siglo XIX. O sobre la debacle de la teocracia en el Ecuador. Ni una sola mención sobre la reforma liberal a partir de la década de 1870 en el Perú, de Bolivia y Argentina en la década de 1880. En suma, la consolidación del *Estado liberal*, republicano y *moderno* en América Latina.⁵⁵

⁵⁵Cfr.: LYNCH, John, “La Iglesia católica en América latina, 1830-1930”, en: BETHELL, Leslie (editor), *Historia de América Latina*, España, Editorial Crítica, 13 tomos, Vol. 8, pp. 65-122.

La razón debe residir precisamente en que en ninguna parte de América Latina la Iglesia logró preservar su pasada presencia social y en cambio, fue en Europa donde mejor se organizó la respuesta social frente al proceso secularizador. Para Abdón Cifuentes, no sólo Chile sino también América Latina y Europa, habían sido víctimas de una gran “conjura liberal” destinada a destruir a la Iglesia católica y al catolicismo en general. Pues el poder político de los estados latinoamericanos y europeos estaría controlados por aquellos grupos cuya finalidad sería “descristianizar” sus países, imponer la tolerancia religiosa, el laicismo en la educación y la secularización de la vida en todo sentido. Sin embargo, era en Europa donde a pesar de todo, el saldo era favorable a la defensa de la religión católica.

La polarización de la retórica política de Cifuentes dramatizó las hostilidades entre la Iglesia y el *Estado* y sacó la batalla entre estos poderes del nivel institucional y jurídico, para situarlo en el terreno de lo social y lo religioso. Sin embargo, la secularización de la sociedad, el fin del confesionalismo, la promoción de la educación laica, el acotamiento de la presencia social de la Iglesia católica, y la definición de lo público y de lo privado, fueron testimonios conspicuos de la *modernización* de la sociedad chilena de fines del siglo XIX y no, de su decadencia como declaraba Cifuentes. La *nación*, la sociedad, el país, no se derrumbaron, muy por el contrario, Chile se ponía a tono con el tiempo del mundo. Chile se volvió un país políticamente *moderno*.

Y es que, en realidad, a los liberales les colgaron una gran variedad de perversidades imaginarias. Por eso, los conservadores hablaron de que el país no contaba con una dirección que “entendiera” las exigencias del presente. Los conservadores siempre caracterizaron al gobierno liberal como un régimen “ineficaz”, dirigido por la “precipitación” y la “ineptitud”. Así, políticos como Cifuentes se pusieron en contra de los “malos cambios” que los liberales introdujeron en la sociedad.

A fin de cuentas, Cifuentes y otros conservadores y católicos como él, se enfrentaban a la novedad e incertidumbre de nuevas prácticas, nuevas jerarquías y nuevas lealtades impulsadas por los liberales. No obstante, esto no significaba que rechazaran la definición republicana del régimen político y por el contrario, ellos mismos participaron en la definición del marco institucional y en la consolidación del orden liberal al utilizar las reglas del sistema político y canalizar sus inconformidades desde la oposición política.

El particular discurso de Cifuentes en este texto, proyecta un pensamiento especialmente horrorizado para aceptar las consecuencias de la *revolución liberal* en el mundo social y político de Chile pero de la misma manera, demasiado realista para dar marcha atrás. Textos como el Cifuentes reflejan la apreciación que hombres públicos como él tenían de la problemática del presente, de los calamidades que afectaban a la sociedad y de los acontecimientos nacionales e internacionales que debían considerarse funestos o esperanzadores. Cifuentes siguió de cerca las peripecias de sus cofrades europeos con la genuina convicción de estar enfrentando los mismos males, compartiendo los mismos objetivos, las mismas referencias e idénticos temores. De la misma manera, el uso de la referencia al extranjero en el discurso de Cifuentes (como de sus colegas del partido conservador), era un eficiente recurso retórico que sirvió para amenazar y descalificar al adversario liberal, lo mismo que para promover y legitimar sus propuestas. Asimismo, la

mirada al exterior en muy escogidas latitudes de la Europa occidental refleja mucho de sus proyectos, de sus anhelos y prejuicios, no exentos, por supuesto, de desvarío.

Si Cifuentes denunciaba la “traición” a la *soberanía nacional* y a la libertad por parte del “despotismo del Estado liberal”, lograba un efecto retórico importante, pues volvía contra sus sostenedores sus principales elementos ideológicos. Sin embargo, su argumentación adolecía de un fallo igual de importante. Cifuentes olvidaba que la libertad de la República estriba en la virtud de sus ciudadanos y de su aptitud para renunciar a su interés individual en provecho del bien común. Y ahí, las *mayorías católicas* estaban fracasando como él mismo lo describió sobradamente, pues anteponían su bienestar personal al interés general, al optar por no involucrarse en los <<asuntos públicos>> para evitarse sobresaltos y responsabilidades.

Abdón Cifuentes, como miembro de la minoría rectora chilena de finales del siglo XIX (porque eso era como hombre público, a pesar incluso de que sus palabras expresaron rabia e impotencia por el rumbo que la “religión liberal”⁵⁶ le estaba dando al país), fue un político católico y conservador cuyo pensamiento y praxis política se caracterizaron por una singular mezcla de permanencias ideológicas y novedades políticas. Conciliando apego a la tradición y voluntad de reforma. Su vida política fue una singular mezcla de tradición y *modernidad*. Siempre la asignó a la religión católica el papel de pilar de la sociedad, al tiempo que en su quehacer político estuvo vigente el reconocimiento del republicanismo como fundamento del régimen político.

Derrotada ya la resistencia de la Iglesia y de los sectores conservadores hacia la implantación de las leyes civiles y siendo modelada la sociedad chilena en la doble perspectiva del progreso y de la *civilización moderna*, los conservadores empujaron por reformas constitucionales que traerían la ampliación formal y legal de las libertades públicas. Abdón Cifuentes fue uno de los principales hombres de ese conservadurismo que articuló una eficaz respuesta frente a la creciente hegemonía de la <<cultura moderna secular>>⁵⁷, contribuyendo a organizar la defensa de la existencia social de la Iglesia y de la religión católica a través de la representación electoral, la libertad de enseñanza y el asociacionismo.

Recibido: 23/10/2003

Aprobado: 15/1/2004

⁵⁶La expresión es de Francisco A. Encina. ENCINA, Francisco A: *Historia de Chile. Texto completo...*, tomo 29, p. 89.

⁵⁷La expresión es de Sol Serrano. SERRANO, Sol. “Conservadurismo y Democracia Cristiana”. En: *El Mercurio*, Chile, 12 de noviembre de 2000.